



Verdad y Anuncio de la Fe
Hoja Semanal de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año IX
Nº 27
12.04.2015

Evangelio del Domingo

A los ocho días, llegó Jesús

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn 20, 19-31)

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos.

Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «*Paz a vosotros.*» Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «*Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.*» Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «*Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.*»

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «*Hemos visto al Señor.*» Pero él les contestó: «*Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.*»

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «*Paz a vosotros.*» Luego dijo a Tomás: «*Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.*»

Contestó Tomás: «*¡Señor mío y Dios mío!*»

Jesús le dijo: «*¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.*»

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Contenido de la Hoja Semanal

Evangelio:	<i>Del evangelio de san Juan (Jn 20, 19-31).</i>
Magisterio:	<i>Exhort. Apostólica: "Centesimus Annus" (Resumen núm. 58).</i>
Tradición:	<i>V Centenario del Nacimiento de santa Teresa de Jesús (27).</i>
Servidores:	<i>San Francisco de Asís y la Orden Franciscana (1. El Fundador).</i>

Visite nuestra web: www.reinacielo.com

Magisterio de la Iglesia:

Centesimus Annus

Exhortación Apostólica de S.S. Juan Pablo II

PROMOCIÓN DEL BIEN COMÚN Resumen número 58



El amor por el hombre y, en primer lugar, por el pobre, en el que la Iglesia ve a Cristo, se concreta en la **promoción de la justicia**. Ésta nunca podrá realizarse plenamente si los hombres no reconocen en el necesitado, que pide ayuda para su vida, no a alguien inoportuno o como si fuera una carga, **sino la ocasión de un bien en sí, la posibilidad de una riqueza mayor**. Sólo esta conciencia dará la fuerza para afrontar el riesgo y el cambio implícitos en toda iniciativa auténtica para ayudar a otro hombre.

En efecto, no se trata solamente de dar lo superfluo, **sino de ayudar a pueblos enteros** —que están excluidos o marginados— a que entren en el círculo del desarrollo económico y humano. Esto será posible no sólo utilizando lo superfluo que nuestro mundo produce en abundancia, **sino cambiando sobre todo los estilos de vida, los modelos de producción y de consumo**, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad. No se trata tampoco de destruir instrumentos de organización social que han dado buena prueba de sí mismos, sino de orientarlos según una concepción adecuada del **bien común con referencia a toda la familia humana**.

Hoy se está experimentando ya la llamada «**economía planetaria**», fenómeno que no hay que despreciar, porque puede crear oportunidades extraordinarias de mayor bienestar. Pero cada día se siente más la necesidad de que a esta creciente internacionalización de la economía correspondan **adecuados órganos internacionales de control y de guía válidos**, que orienten la economía misma hacia el bien común, cosa que un Estado solo, aunque fuese el más poderoso de la tierra, no es capaz de lograr.

Para poder conseguir este resultado, es necesario que aumente la concertación entre los grandes países y que en los organismos internacionales estén **igualmente representados los intereses de toda la gran familia humana**. Es preciso también que a la hora de valorar las consecuencias de sus decisiones, tomen siempre en consideración a los pueblos y países que tienen escaso peso en el mercado internacional y que, por otra parte, cargan con toda una serie de necesidades reales y acuciantes que requieren un mayor apoyo para un adecuado desarrollo. Indudablemente, en este campo queda mucho por hacer.

FAVORES ESPIRITUALES



Teresa tuvo su conversión definitiva hacia el año 1554/1555, tras la vista de una talla policromada de un *Ecce homo*, en su propia expresión, «*de Cristo muy llagado*»

En 1556 comenzó a sentir grandes favores espirituales y poco después se vio animada (1557) por San Francisco de Borja. Tuvo en 1558 su primer raptó y la visión del infierno. Disfrutó, dice, de grandes favores celestiales, entre los que se contó la visión de Jesús resucitado. Es oportuno copiar al biógrafo francés Pierre Boudot: “En todas las páginas (del libro de su vida) se ven las huellas de una pasión viva, de una franqueza conmovedora. Todas sus revelaciones atestiguan **que creía firmemente en una unión espiritual entre ella y**

Jesucristo; veía a Dios, la Virgen, los santos y los ángeles en todo su esplendor, y de lo alto recibía inspiraciones que aprovechaba para la disciplina de su vida interior. Pasaba de los cuarenta y tres años cuando por vez primera vivió un éxtasis. Sus visiones intelectuales se sucedieron sin interrupción durante dos años y medio (1559–1561). Abrasada de un violento deseo de ver a Dios, se sentía morir. En este estado singular tuvo en varias ocasiones la visión que dio origen al establecimiento de una fiesta particular en la Orden del Carmelo. El biógrafo francés alude al suceso (1559) que refiere la santa en estas líneas: *Vi a un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal... No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan... Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun hartó. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento... Los días que duraba esto andaba como embobada, no quisiera ver ni hablar, sino abrasarme con mi pena, que para mí era mayor gloria, que cuantas hayan tomado lo criado.”*

Para perpetuar la memoria de dicha misteriosa herida, el Papa Benedicto XIII, a petición de los Carmelitas de España e Italia, estableció (1726) la fiesta de la transverberación del corazón de Santa Teresa. El biógrafo francés agrega:

Hasta exhalar el último suspiro Teresa gozó la dicha de conversar con las personas divinas, que la consolaban o revelaban ciertos secretos del cielo; la de ser transportada al infierno o al purgatorio, y aun la de presentir lo venidero.



Francisco de Asís, Giovanni di Pietro Bernardone, nació en Asís (Italia) el año 1182. Fue diácono de la Iglesia y fundador de la Orden Franciscana, de las Hermanas Clarisas y de la Tercera Orden Seglar. Hijo de un rico comerciante de la ciudad, eligió vivir bajo la más estricta pobreza y observancia de los Evangelios.

Participó en las guerras que la ciudad de Asís mantuvo con el Sacro Imperio y con Perugia, en la que fue hecho prisionero y enviado a un cautiverio de más de un año. Años más tarde (1205) mientras marchaba a pelear enrolado en la filas del ejército papal,

una noche, escuchó una voz que le recomendaba regresar a Asís. Y a Asís volvió, siempre jovial, pero, ahora, envuelto en meditaciones solitarias. Empezó a mostrar una conducta de desapego a lo terrenal. Un día sus amigos le preguntaron si estaba pensando en casarse, a lo que él respondió: «*Estáis en lo correcto, pienso casarme, y la mujer con la que pienso comprometerme es tan noble, tan rica, tan buena, que ninguno de vosotros visteis otra igual*». En ese momento él aún no sabía que esa dama de la que hablaba, después muchos rezos, la descubriría en la «*Pobreza*».

La transformación culminó en su convivencia con leprosos, a quienes tiempo antes le parecía *extremadamente amargo* mirar. Se dedicó después a la reconstrucción de la capilla de san Damián, para lo que decidió vender el caballo y las mercancías de su padre, el cual, al darse cuenta de la conducta de su hijo, fue enojado en su búsqueda, aunque no dio con su paradero. Un mes después fue él mismo el que decidió encarar a su padre, quien le reprendió severamente, tanto que lo encadenó y lo encerró en un calabozo, del que fue liberado por su madre, por lo que fue otra vez en su búsqueda; pero él se plantó con calma y le reafirmó que enfrentaría cualquier cosa por amor a Cristo. Ni ante la jurisdicción civil ni ante la eclesial consiguió su padre hacerle cambiar de opinión.

No se sabe con certeza cuántas iglesias en ruinas o deterioradas reconstruyó; entre ellas, la más conocida, la capilla de la *Porciúncula* (“*la partecita*”). Allí fue donde, hacia 1208, tuvo la revelación definitiva de su misión: «*No llevéis monedero, ni bolsón, ni sandalias, ni os detengáis a visitar a conocidos...*» Y así cambió su afán de reconstruir las iglesias por la vida austera y la prédica del Evangelio. En 1223, terminó la redacción de la regla franciscana, que aprobó el papa Honorio III ese mismo año; después entregó la dirección de la Orden a hermanos más prácticos que él y se dedicó por entero a la vida contemplativa.

Hacia 1224, recibió los estigmas de Cristo en su propio cuerpo y su salud, que nunca fue muy buena, se vio muy afectada, lo que no hizo sino aumentar su profundo amor a Dios y a la Creación, a la que dedicó su *Cántico de las criaturas* o *Cántico del hermano sol*, tan influyente en la poesía mística española. Así murió, alabando a Dios, el 3 de octubre de 1226. En 1228, fue canonizado por el papa Gregorio IX, que accedió a colocar la primera piedra de la iglesia de Asís dedicada al santo.